

Introducción

Cuando era chico era alguien de naturaleza muy mental. Lentamente, en la medida en que el tiempo pasó, mi vida, por una serie de ejercicios físicos, deportes, actividades sensibles, se hizo más permeable al trabajo corporal. A sentir lo que era yo mismo. El aire que me rodeado. El modo como me desplazaba. La forma en que comía. Cómo miraba un objeto en tal o cual situación y por qué. Me detuvo en la marcha: mi modo de caminar. La natación me provocó un placer inmenso. Y me sumergí (precisamente) en una obstinada búsqueda por conjugar los saberes de la mente (a los que estaba consagrado, por los que más inclinación sentía) con los saberes del cuerpo. Comencé a estar atento a la física del mundo. Y a los demás. A los abrazos a un hermano o a un hermano. A un beso a una madre. A un abrazo a un amigo. A los tonos de voz. Ya la literatura y la escritura cobraron una dimensión en la cual la dimensión mental iba acompañada de la dimensión física, sensorial, táctil, de las sustancias. Si eran resbaladizas o si eran ásperas. De si tenían volumen o bien si eran bidimensionales. Ya los libros no me alcanzaron. Y comencé a indagar en las infinitas disciplinas del cuerpo. Practiqué yoga durante largos años con una profesora excepcional que me enseñó técnicas de respiración. Y lentamente mi cuerpo se hizo presente en el acto de escribir. Escribir tenía repercusiones en mi cuerpo. Sentía mi cuerpo cuando escribía. Y también cuando el acto de escribir se veía afectado por las sensorialidad o el impacto en el cuerpo que tenían las emociones. Así como la mayoría de los escritores dicen que se tienen que olvidar del cuerpo para escribir, en mi caso es a la inversa, necesito sentir mi cuerpo, tener consciencia de él en cada tecla que pulso. Sentir las yemas de los dedos, el tecleo del teclado. En fin, cambió mi forma de percibir el mundo desde aquella infancia y adolescencia tan mentales, tan intelectuales. Hasta este acto impactante del cuerpo en la escritura. Y del agua. Siempre el agua en mi vida: la lluvia, la ducha, el baño de inmersión, el vaso, la pileta de lavar los platos, el balde para lavar la ropa y, sobre todo, sumergirme de cabeza en una pileta. Y no saber, definitivamente, con qué me voy a encontrar. Porque me sumerjo, literalmente, en las profundidades.

“Detalles domésticos y glorias meridianas” Por Adrián Ferrero

¿Y si para escribir una buena novela fuera tan importante el acto de afeitarse la barba de tres días como el de leer a Juan Carlos Onetti? ¿Y si para escribir un cuento redondo fuera tan crucial hervir un par de huevos duros como leer *Pedro Páramo* del mexicano Juan Rulfo? ¿Y si pelar arvejas fuera el alimento excepcional para escribir un libro de poesía fuera de serie? No lleguemos a decir una obra maestra, lo que es pedir mucho. Pero bueno. Un cuento con un cierto talento ¿Comer palmitos para escribir un ensayo sobre poesía argentina en lugar de leer un libro de la crítica argentina Josefina Ludmer? No sé cuántos libros podré escribir. Y si podré seguir escribiendo (lo ignoramos todo de nuestro futuro, incluso el de dentro de tres minutos). Pero para estos autores, que sí lo han hecho ¿vale esta reflexión? ¿por qué no nos sentamos a pensar en qué

experiencias son primordiales a la hora de escribir con verosimilitud, originalidad, solidez, contundencia?

Suele aseverarse que la literatura está hecha de más literatura. Que los libros se escriben leyendo más libros. Que para escribir un buen libro hay que haber leído muchos igualmente buenos o muy buenos o excepcionales. Hay casos, es cierto, de estupendos escritores que no han sido grandes lectores. O eso afirman (pueden ser grandes mentirosos y haber leído bibliotecas). Pero hay otros, en los cuales la lectura ha desempeñado el corazón de su obra. Ha sido llevada a su máxima expresión. Pienso en Borges, por ejemplo. Un ser humano que era, él mismo, “un libro abierto”, como suele decirse. Un hombre que era, literalmente, una biblioteca “encarnada”. Es decir: una biblioteca estaba inscrita en un cuerpo. En sus dendritas, en su sistema neurológico. En su memoria. Porque su cuerpo, ya no solamente su mente, guardaba la memoria de las bibliotecas leídas. De tantas como pueda alguien leer un ser humano en esta vida. Y de tantas lenguas. Y de tantos saberes acerca de otras disciplinas, como las matemáticas. Lo que no le impidió, por supuesto, narrar episodios descarnados. Pienso, por ejemplo ahora en su cuento “La intrusa”. O en “El Evangelio según San Marcos”. No obstante, pese a ser Borges una biblioteca hecha cuerpo, el cuerpo, me parece es una gran ausencia en sus libros. Una excepción tal vez sea “Ulrica”, uno de los últimos. En el que hay un encuentro amoroso.

Pero quisiera ir un paso más allá. Hay críticos literarios, teóricos de la literatura, filósofos, historiadores, investigadores, poetas que, como quien dice: “son una biblioteca”. ¿Qué se quiere decir con esto? ¿Que solamente hablan de libros y manejan los saberes literarios con destreza? ¿Qué son diestros en el arte de los argumentos? ¿Qué son arriesgados en sus hipótesis? Creo que sí y en un punto creo que no. Pienso que son personas que le han conferido tal protagonismo en sus vidas a los libros, que eso supera todo otro proceso de acceso simbólico a la realidad. Me parece que en esos casos los libros han pasado a ocupar en ellos un carácter casi monstruoso. Un estilo de vida. De contenido incesante de sus diálogos. De su trabajo, pero también de su existencia cotidiana. De obsesión. En efecto, solo piensan en libros. Conocen de títulos, ordenan sus bibliotecas, están atentos a las novedades que vayan saliendo, se preocupan por no dejar pasar un solo libro que los pueda actualizar en su disciplina. Especialmente si se trata de una vocación profunda. Se trata de una vocación que se ha apoderado incluso de sus ojos y sus manos. Del intercambio incesante con sus semejantes, entre quienes buscan, de modo natural, a otros igualmente apasionados por su mismo arte. Habrá, naturalmente, excepciones. Los habrá quienes se vinculen con personas sin formación intelectual. Pero deben ser los menos. Incluso muchos buscan la soledad durante largas temporadas. Se recluyen. Solitarios, buscan la soledad para crear. Se enfrasan. Para luego buscar la presencia de una mujer o de sus amigos.

Mi hipótesis es otra. Y creo que también es más modesta. Consiste en que para ser un escritor, un buen escritor, para narrar experiencias literariamente interesantes, es tan imprescindible el acto de hacer el amor como de hervir un paquete de spaguethi. El de cocinar un atado de espinacas como el de un viaje a Mar del Plata, a tomar sol y nadar en el mar. Manejar (si se sabe y tiene auto) y también ¿por qué no? Experiencias más extravagantes (que Borges sí realizó). Como por ejemplo subirse a un globo aerotástico o internarse entre los intrincados recovecos de la selva misionera (como Horacio Quiroga también

hizo). Pero no para tener material o “temas” sobre los cuales narrar. Sino porque son experiencias irremplazables. A las cuales ningún humano debería ser ajeno para enriquecerse. A todas les que sumaría, ahora sí, leer buenos libros. Es decir: leer no es lo único que nos provee alimento nutritivo para crecer literariamente. Para la génesis de escritura. Y daría un paso más allá: leer tampoco no es lo más importante.

Y sobre todo, ah, sobre todo, escuchar música. Prestar atención de modo absoluto a su cadencia, a sus ritmos, su modulación, a sus silenciosos, a su vértigo, a su relación con otras obras del compositor con la que hacen sistema, al virtuosismo de algunos intérpretes y seguirlos, seguir su carrera, ver con qué otros intérpretes también ejecutan distintas piezas o repertorios. Eso posiblemente le confiera a la prosa atributos que uno estará en condiciones ignoro si de controlar, pero sí de enriquecer como instrumento y de ser percibida como recurso. Algunos leen incluso en voz alta sus textos. Buscan detectar las zonas en las que una lectura silenciosa podría naufragar fracasar. Dan un paso más allá. Se adelantan a ese posible fracaso.

Otros se entregan a las artes plásticas. Al igual que la fotografía. Pero seguro todas ellas han de tener un vínculo secreto. Un hilo invisible que las ata. He visto libros con reproducciones, algunas de las cuales me han conmovido. No menos que armar un rompecabezas con mi hija ¿Y el cine? ¿qué decir del cine? Ha sido muy importante para muchos escritores. Su montaje, sus planos, sus fundidos. También sus adaptaciones de obras literarias, su crítica literaria como momento de escritura. O simplemente la experiencia de asistir a una narración y a descripciones. No me digan que no realizan aportes interesantes a un escritor. Incluso, dado el caso, el de invitarlo a escribir guiones. En algunos casos insospechados: como Borges y Bioy, en coautoría. Y, por fin, el teatro: letra viva, palabra devenida sangre, epidermis, movimiento, respiración: cuerpo, linfa. Texto vivo: gestualidad y una, varias voces. Cuerdas vocales que comienzan a actuar de un modo que se activa hasta producir un efecto que nada puede modificar. Naturalmente la experiencia de su lectura.

Pero para retomar mis palabras iniciales, no subestimemos cocinar un par de huevos fritos (que miraremos como si fueran un par de ojos). Hacernos la cama. Andar en bicicleta. Lavarnos los dientes con cuidado por la noche, por la mañana, cada vez que comemos algo dulce. Lavar los platos. Lavar el auto. Momentos (o memoria de esos momentos) que acompañarán el instante mismo y precioso, electrizante acaso, inolvidable de la escritura. La escritura debe guardar la memoria de esos momentos.

Experiencias de un cuerpo que primero concebirá. Que después buscará una forma. Que después activará un dispositivo físico para escribir. Cuando el negro de la letra avance y progrese sobre el blanco de la pantalla y lo cubra lentamente, dejando tras de sí, él también, otra experiencia irrepetible. Yo no soy “un libro abierto”. Ni pretendo serlo. Simplemente todos los días pretendo leer mejor. Escribir mejor. Pero, más aún, vivir mejor. Vivir con la lectura y la escritura. O, mejor aún, convivir con ellas del modo más dichoso y armónico posible.